

BAJO LOS SAUCES
A ITALO MARIO ANGELONI

La tarde tiene suavidades
de fugitivos terciopelos...

Mano de seda que acaricia
los sauces y nuestros cabellos,
mano de paz que sella el labio
con la cruz blanca de sus dedos...

En la esmeralda del paisaje
resuenan frágiles los besos,

igual que perlas que se engarzan
en los collares del silencio...
Todo está hecho en esta hora
para el olvido y para el sueño...

Las sombras borran el pasado,
y entre las zarzas del recuerdo,
cual blanca corza perseguida
tiembla de miedo nuestro cuerpo,
sangrando vivo entre los dientes
de las jaurías del deseo...

Por los jardines del crepúsculo
pasa un rumor de antiguos besos,
como un arrullo de palomas
entre floridos limoneros,
ungiendo al paso, de azahares
la cabellera azul del viento.

En los remansos cristalinos
los melancólicos luceros
sus vivos ojos de diamantes
para mirarnos van abriendo...
Paz para el alma... y un olvido
de todo para nuestro cuerpo!

EN EL CREPÚSCULO LLUVIOSO

La lluvia sobre el campo... Las neblinas
azulan el verdor de la floresta...
Todo se esfuma y todo llora en esta
opacidad de gruta submarina.

Nuestras manos se oprimen temerosas
para darse calor. La noche empieza,
y al tocar con sus sombras tu cabeza
deja un perfume de marchitas rosas.

La música del agua nos arrulla.
¡Ven y dime al oído
con voz sedienta de pasión:—Soy tuya
y entre mis brazos te daré el olvido...

Un olvido romántico que sea
como un remanso, donde tu mirada
en el espejo de mis ojos vea
el lunático abismo de la nada!

Necesito olvidar. Me agobia el peso
de tanto error como cayó en mi vida...
Dame un beso, pasión!... Todo se olvida
en las bodas efímeras de un beso.

Su aullido el viento en la campiña acalla...
Sólo turban las sombras nocturnales,
igual que un llanto que de pronto estalla,
el temblor de la lluvia en los cristales!

El lecho en la penumbra nos espera...
¡Ven á dormir, antes que silenciosa
de su áspero cubil salga la fiera
á devorar la noche tenebrosa!

Ven, y mientras la lluvia nos arrulla,
repíteme al oído
con voz sedienta de pasión:—Soy tuya,
y entre mis brazos te daré el olvido!

CREPÚSCULOS Y NOCTURNOS

A JOSÉ ROCAMORA

I

Cargada de nostalgias la frente pensativa
en silencio el encaje de tus ensueños labras,
y como una princesa desdeñosa y altiva
eres parca de gestos y sobria de palabras.

Tienes los mismos ojos conque miró Julieta
temblar en sus balcones la escala del deseo.
¡Pudieras haber sido la musa de un poeta
ya que ser no pudiste la amada de Romeo!

Por pronunciar el nombre de tu regia hermosura,
con la espada clavada hasta la empuñadura
murieron caballeros en los tiempos lejanos...

Y cuando entre los mármoles de tu balcón asomas,
mis versos como blancas bandadas de palomas,
van á picar semillas de amor entre tus manos.

II

A la fragante sombra de los floridos tilos
en las luchas diarias busco paz y descanso,
contemplando en tus ojos profundos y tranquilos
detenerse mi vida en límpido remanso.

¡Oh! si el tiempo voluble detuviese su rueda
por siempre, en esta hora, cuando feliz estrecho
sobre el mullido y verde césped de la arboleda,
mi alma contra tu alma, mi pecho con tu pecho!

La tarde va regando por las sendas tranquilas
olores de rebaños y temblores de esquilas.
Y bajo los ramajes que agitan mansos vientos

y los solares rayos de luz espolvorean,
mis besos en tus labios son pájaros hambrientos
que el corazón de una granada picotean!

III

Y me perdí en la senda donde los surtidores
de plata, sobre el blanco mármol de la fontana,
desatando sus perlas deshojaban las flores,
presintiendo la cita de alguna sombra hermana.

Transminaba el crepúsculo un perfume de rosa,
rasgó el silencio un rápido trinar de golondrina.
La glorieta tenía esa humedad verdosa
de las algas y el líquen de una gruta marina.

Y apareció la sombra impalpable y ligera.
Eran sus crenchas fértiles como una primavera
de oro sobre el estío purpúreo de su traje...

Un olor á violetas despertaba su falda,
y á través de sus ojos se alargaba el paisaje
en una fresca y pura claridad de esmeralda.

IV

La luz última muere en las cumbres nevadas,
se encienden las primeras estrellas en el río,
y se apiñan las sombras bajo las enramadas,
como mendigos ciegos que tiritan de frío.

La noche, en los jardines, la aparición asume
de una dama enlutada que entristecida y muda,
va destapando todos sus pomos de perfume
para aromar su estéril tálamo de viuda.

Rutilan las estatuas de los parques. Es hora
en que el Dragón se duerme y, la Princesa mora,
escuchando las quejas del ruiseñor sonoro,

mirándose en el claro cristal de la laguna,
se peina con el peine de plata de la Luna
el sol de su ondulante cabellera de oro.

V

Al beso de la luna cruza una escalofrío
de plata por las níveas vértebras de la sierra,
y es la fosforecencia fugitiva del río
una cinta de cielo que atraviesa la tierra.

Peina el sauce á la luna el blancor de sus canas
sobre el agua fragante donde se inmoviliza,
y un ladrido de perros el silencio humaniza
evocando luceros de entreabiertas ventanas.

Está la noche hecha de músicas y aromas,
tiene el aire aleteos de místicas palomas;
y para ahogar sus ansias de avaras sin tesoro

y saciar su apetito de tullidas eternas,
la caridad del cielo echa estrellas de oro
en la negra y profunda boca de las cisternas.

. VI

La noche, una beatífica tranquilidad serena...
Dan, ante la sonrisa de unos labios amados,
ganas de confesarse con un alma muy buena
para que nos absuelva de todos los pecados.

¡Oh, si pudiera alguien limpiar nuestra conciencia
de todo, y nuevamente tornarla cristalina!...
¡Ser otra vez un niño, vestido de inocencia,
verlo todo con puros ojos de golondrina!

Noche serena, noche para brillar como una
estatua de alabastro bajo un rayo de luna
en la fuente que anima la fragante glorieta,

Noche creada para la cita del deseo...
¡y subir por la frágil escala de Romeo
al mármoleo y florido mirador de Julieta!

VII

En tus senos de ébano, noche, doblo la frente
para olvidarlo todo. Soy un ciego lebrel
que herido y tateando regresa lentamente
al hogar de su dueño para morir en él.

Dame tu olvido, dame tu silencio profundo
como el que reina bajo la piedra tumular.
A tus brazos me arrojan los naufragios del mundo
como arroja á la playa sus náufragos el mar.

Echa cera en mi oído para que no oiga nada,
y amortaja en tus sombras mi carne ensangrentada
y da tu pecho al alma sefibunda de fe...

Beber quiero en tus senos la leche del olvido,
pues me eriza de miedo recordar lo que he sido
y me hiela de espanto pensar lo que seré.

VIII

Se santiguan de miedo los viajeros perdidos;
las sendas encharcadas de tinieblas están,
y devoran la noche desnuda, dando aullidos,
los negros y famélicos lobos del huracán.

Por la vega los ríos su caudal desbordaron;
la sombra es como un trágico y tenebroso mar;
y de espanto los labios que rezar olvidaron
las viejas oraciones procuran recordar.

Las ráfagas del viento agitan las campanas.
Las casas se estremecen como cosas humanas
que evocan las palabras mágicas de un conjuro.

Y el relámpago escribe con su rojo carbón
fugitivo y efímero, sobre la cal del muro
la sentencia fatídica: ¡No tienes salvación!

IX

Llamé con rudos golpes á tu mansión eterna.
Iba mudo de angustia y ciego de llorar;
y tras mi sombra errante cerróse la poterna
y ensordecí en tu grávido silencio tumular.

Vengo desposeído de todo cuanto tuve,
monarca destronado del reino de la luz...
Sangra toda mi vida. ¿Recuerdas cuando estuve
con los brazos abiertos clavado en una cruz?

A tu puerta he dejado mi corona de abrojos,
y mi cetro de caña, mis manos y mis ojos,
y los sucios harapos de mi manto carnal...

Y cuando el Angel suene la trompeta de plata
de las Resurrecciones, ¡oh, tierra, seme grata
y haz que no me despierte de tu sueño inmortal!

X

Mientras rugen de hambre en las calles los vientos
y la lluvia sus odres en las sombras desata,
bajo la chimenea crepitan los sarmientos
retorciéndose como serpientes de escarlata.

En torno de la hoguera se apiñan los pastores.
Unos tejen la sogá que urdirá los rediles;
y otros ensayan coplas y tonadas de amores
en sus largas y toscas zampoñas pastoriles.

Y á la puerta, erizados los cuellos de carlangas,
dormitan los mastines... ¡Oh, paz serena y pura!
Bajo tus negros ojos y entre tus manos blancas

abandono mi vida... ¡Oh, campestre poesía!...
¡Oh, quien tuviese el alma exenta de amargura
capaz de tejer sueños y de amar todavía!

XI

Esta noche en tu falda mi vida se ha dormido
como un niño asustado por los ogros de un cuento...
Quiero cerrar los párpados para dar al olvido
la amargura vivida y el dolor que presiento!

Inmemore de todo, dormir eternamente
en tu blando regazo, y que pase la vida,
como bajo los arcos silenciosos del puente
pasa, en temblor de seda, la corriente dormida.

Los ojos se cansaron de ver, y hasta el oído
sueña con los eternos silencios del olvido.
¡Alma, cierra tus ojos, dobla tu sien inerte

en la falda de un sueño y quédate dormida!
Contra la dolorosa inquietud de la vida
no queda más recurso que la paz de la muerte!

XII

Me aduermo en el regazo de la antigua aventura
que en esta noche insomne me viene á visitar,
mientras aulla el viento por la calleja oscura
y se oye en los cristales la lluvia resbalar.

—¿No te acuerdas —me dice— de aquel voraz cariño
que auyentó de tu senda las sombras del dolor?—
y me duerme en sus brazos como se duerme á un niño,
cantándome leyendas de esperanza y de amor.

Un ruiseñor cantaba... En la clara laguna
temblaban las estrellas. Y la luz de la Luna
enlazaba dos sombras en el blanco balcón.

Un abrazo y un beso de infinita poesía...
Bajo su leve mano mi corazón latía
¡y yo también sentía latir su corazón!

XIII

Al calor de las llamas de los troncos de encina
bajo la chimenea vetusta y blasonada,
transcurre la indolente velada campesina
mientras va amortajando los valles la nevada.

¡Se habla de tantas cosas! De los lobos hambrientos
que diezman los rebaños y asolan las campiñas,
de los terribles fríos y de los malos vientos
que agostaron las mieses y quemaron las viñas.

De las malas cosechas. El aceite escasea.
Se mueren los rebaños... Se despuebla la aldea...
Un año como este los más viejos no han visto...

Y todos se santiguan en torno de la llama,
y alguno, todo pálido, en voz muy queda exclama:
—En su corcel de fuego se acerca el Anticristo!

XIV

Mientras lúgubre el viento aulla en los corredores
y como un esqueleto cruje la vidriera,
para evocar fantasmas de difuntos amores
el Insomnio se sienta junto á mi cabecera.

Me hace encender la lámpara y comienza el conjuro;
y clavando en mis ojos sus dolientes miradas,
cual desfile de sombras proyéctanse en el muro
las siluetas borrosas de mis muertas amadas.

De una, recuerdo el nombre romántico y sonoro;
de otra la luminosa cabellera de oro,
una dulce sonrisa, una frase, un suspiro...

Y de algunas, de algunas... ya no recuerdo nada...
Me miran, y en sus ojos resplandecientes, miro
resucitar más bella mi juventud pasada!

XV

De este tempestuoso naufragio de mi vida
salvar no he conseguido ni un recuerdo de amor
Me hallé solo y desnudo donde todo se olvida,
en la estéril ribera del más hosco dolor.

Y me envolvió la noche con su negra mortaja,
y recordando todo cuanto perdí en el mar,
sentí, vivo, la asfixia tremenda de la caja,
la agonía del tísico sin poder respirar...

Busqué en mí alguna cosa que evocase el pasado,
y sólo hallé mi cuerpo sangriento y desgarrado
y exhausto de ternura mi pobre corazón...

Y me encerré en mí mismo con mi contraria suerte,
igual que el que se encierra, para darse la muerte,
con un tigre famélico dentro de un panteón.

XVI

Me has hundido en la noche como en una cisterna
profunda y tenebrosa... Di, Señor ¿por qué hiciste
para mi inevitable condenación eterna
mi cuerpo tan indócil y mi ánima tan triste?

Mi alma es como una llaga que de sangrar no cesa.
Toda mi carne se abre como una inmensa herida,
¡Son demasiado tigres para una sola presa!
¡Y son muchos dolores para una sola vida!

Mi materia y mi espíritu son una misma cosa:
todo sangra y me duele, todo es lepra asquerosa.
Y mientras sin un grito, dentro de la cisterna

mi vida se consume, en el azul del cielo
mienten los claros astros una esperanza eterna...
Mi afán no tiene límites, ni mi dolor consuelo!

XVII

Esta noche, el silencio de mis tristes jardines,
ha roto con sus trinos un ruiseñor. Venía
en el aire una dulce embriaguez de jazmines
á refrescar la frente de mi melancolía.

Perfumaba la noche la nueva primavera;
el viento era suave; cada rama una lira
de fragantes acordes... Y era mi vida entera
un oído que escucha y un aliento que aspira.

Apareció entre nubes la luna plateada
como entre los recuerdos surge la faz amada
de alguna novia muerta... Y desfiló el pasado

con sus blancos cortejos de puras alegrías
á través de las dulces memorias de otros días,
como en el claro fondo de un espejo encantado.

XVIII

Es una noche de esas para hacer un viaje
en diligencia, envueltos en mantas de caireles,
mientras desfilan rápidas las sombras del paisaje
entre coplas, trallazos, gritos y cascabeles.

Un zagal canturrea: —«Corre caballo pio,
hacia la blanca venta de mis amores, vuela!—
La voz muere de angustia. Y al relinchar, de frío
el aliento en las foscas narices se congela.

Se para el carruaje junto á un despeñadero.
—«¡Alto!»—una voz impone:—«La vida ó el dinerol»—
Se apiñan hoscas sombras, se oye un rumor de gente.

Y á la luz fugitiva de un relámpago, brilla
el cañón de un trabuco que apunta á nuestra frente
detrás de los cristales de alguna ventanilla.

XIX

Bajo el tempestuoso negror de tu cabello,
la noche de tus ojos el rostro ensombrecía.
Era tu faz como una mirada de agonía
que curvaba mi médula y erizaba mi vello.

Fijos en mis pupilas, bajo el negror terrible
de tus crenchas de ébano, prometían tus ojos
lo que jamás cumplirme podrán tus labios rojos,
aquello que más amo por ser un imposible!

¡Oh, tentación eterna de tus ojos malditos,
negros como tu alma, profundos, infinitos...
que me alientan con una imposible químera!

¡Ten piedad de mi trágica y bárbara agonía,
y huye de mí tus ojos!... y deja en paz que muera
al corazón que sabe que nunca serás mía!

XX

Alma que absorbe toda la substancia perdida
para formar un mundo; alma que silenciosa
abriendo va su cáliz al sueño de la vida
como al soplo del viento se entreabre una rosa.

Tú sabes el secreto de la Bella Dormida
que en el encantamiento de las selvas reposa,
igual que una crisálida que espera estremecida
el brotar de las alas para ser mariposa.

Ya en tus vivos omoplatos el palpitar se siente
de las alas, que aguardan para el vuelo sagrado
las palabras creadoras del místico conjuro.

Y eres un vespertino crepúsculo viviente
donde luchan las últimas tinieblas del Pasado
con los vagos y tímidos albores del Futuro.

LAS ROSAS DEL CREPÚSCULO

Á MARIANO MIGUEL DE VAL